



'El Vals' de Camille Claudel. Foto: Wikipedia

EL ETERNO VALS

De Europa a América Latina

Me pregunto qué sentiría un campesino bávaro de la Edad Media al escuchar sus vals acompañados por un cajón peruano. ¿Le resultaría más o menos familiar que el vals sublimado de los salones vieneses del siglo XIX?

Ese girar básico en tres tiempos de los montañeses de Baviera, esa sencilla danza aldeana que ha fascinado al mundo occidental desde el el siglo XVII hasta hoy, ha tenido tan larga vida como aportes la han enriquecido y moldeado a lo largo del tiempo.

El vals al danzarse tiene un aire diferente a la mayoría de las danzas: Tiene la ilusión de la ingravidez, gracia ganada al llegar a los salones de ciudad. El acento en el tiempo fuerte hace parecer que la pareja se posa, se detiene un momento para flotar los dos tiempos restantes mientras giran y giran fluyendo por el salón. En sus comienzos aldeanos los tres tiempos eran marcados enfáticamente, casi con rudeza.

En Viena se convirtió el vals en paradigma de clase y elegancia luego de ganar la batalla a los moralistas, acomodados al *minuet*, que lo consideraron un baile indigno e indecente. Se le bailó a tiempo más rápido y se fue haciendo una costumbre no tocarlo estrictamente en tiempo sino adelantando algo el segundo tiempo de modo que hubiera más espacio entre este y el tercero: la ingravidez del vals vienés.

El encanto del vals no pasó inadvertido a los compositores académicos e hizo su entrada en el universo sinfónico, en la ópera del siglo XVIII y desde entonces casi cada compositor europeo ha compuesto vals o ha usado elementos del vals en sus composiciones. Desde Chopin hasta Hindemith. El vals penetró el ballet, la música de cámara y el repertorio de instrumentos solistas, especialmente el piano.

En el siglo XIX revoloteó en las Américas por primera vez y desde entonces no ha dejado de girar. En cada región del continente el vals se ha permeado de elementos locales y se ha ido transformando. Como si al ir girando recogiera y guardara para si nuevos influjos revitalizadores. Está el vals en el joropo venezolano y en el pasillo ecuatoriano. En el pasillo colombiano y en el

bambuco está el vals. El bailecito argentino tiene de vals. Existe un vals mexicano y un vals criollo en la Argentina. Vals cubano, vals peruano y en Chile, el vals chilote. En Venezuela se conservan escritos cientos de vales típicos.

Quizá el elemento común más transformador en los vales americanos sea el ingenio rítmico del negro. Como si resultara aburrido o soso esperar tres largos tiempos, lo inquieto y jocoso de la rítmica negra hizo que entre los tres tiempos lentos del vals tradicional se intercalaran nuevos golpes; Se creó una combinación rítmica muy específica que se experimenta como la superposición de dos diferentes compases. El resultado es un mismo vals que suena en tres y en dos tiempos, ganando en vitalidad y salero... y siempre dulce, siempre cadencioso y romántico.

Se canta el vals en las Américas. Y se hace escuchar en salas de conciertos. Y se toca con violín, mandolina y se acompaña con cuatro y guitarra en Venezuela. Y se trenza con el jazz y se acompaña con cajón en el Perú. Los mariachis lo tocan en México y lo suenan sus marimbas. En el Curazao y Aruba se toca con piano, cuatro, contrabajo y wiri. Se compone el simple vals para divertir y se compone más elaborado para meditarlo y se hace oír, ya arte, en el piano, en la guitarra. Lo suena el trío con piano, el cuarteto de cuerdas, la orquesta sinfónica.

En la América Latina sigue el vals asimilando nuevas armonías, nuevas formas y nuevas combinaciones instrumentales del modo más natural, como si hubiera sido creado para la eternidad. Género infinito que va incorporando la diversidad para regenerarse en el tiempo.

Me pregunto qué sentiríamos hoy al escuchar un primitivo vals tirolés de la Edad Media. Nos ennoblecería acaso su simplicidad perdida.